

# LOS COMUNISTAS Y KARL HEINZEN

Friedrich Engels, *Deutsche Brüsseler Zeitung* nº 79 y nº 80, 3 y 7 de octubre de 1847.

Bruselas, 26 de septiembre. El número de hoy de la *Deutsche Brüsseler Zeitung* incluye un artículo firmado por Heinzen en el que con la excusa de defenderse de una trivial acusación por parte de los editores, se embarca en una larga polémica contra los comunistas.

Los editores han aconsejado a ambas partes que renuncien a la polémica. En tal caso ellos se limitarían a reproducir sólo aquella parte del artículo de Heinzen en la que se defiende de la acusación de haber atacado él primero a los comunistas. Pero aunque "*Heinzen no tenga ningún periódico a su disposición*", no hay razón para ofrecerle uno para que publique unos ataques que los propios editores del periódico consideran estúpidos.

Dicho sea de paso, no se podría haber prestado mejor servicio a los comunistas que publicando este artículo. Nunca antes ningún partido había criticado a los comunistas de manera tan estúpida y obtusa como lo hace Heinzen. Este artículo es la reivindicación más brillante de los comunistas, y demuestra que si estos aún no han atacado a Heinzen, no deberían tardar en hacerlo.

En principio el Sr. Heinzen se presenta como un representante de todos radicales alemanes no comunistas; su intención es debatir con los comunistas como hace un partido contra otro. Tiene "*derecho a reclamar*", según proclama con la tanta seguridad, qué "*se puede esperar de los comunistas*", qué "*se les puede pedir*", cuál es "*el deber de los verdaderos comunistas*". Sus diferencias con los comunistas son las mismas que las que mantienen "*los republicanos y demócratas alemanes*", y cuando dice "nosotros" habla en nombre de estos republicanos.

¿Quién es el Sr. Heinzen y a quién representa, pues?

El Sr. Heinzen es un antiguo liberal, un funcionario de baja categoría que en 1844 aún se entusiasmaba con el legítimo progreso y la precaria Constitución alemana y no iba más allá de susurrar en privado que quizá sería deseable y posible una república, por supuesto en un futuro lejano. El Sr. Heinzen sin embargo se equivocó sobre las posibilidades para la oposición legal en Prusia. El mal libro que escribió sobre la burocracia [Die Preussische Bureaukratie] (incluso Jacob Venedey lo hizo bastante mejor hace años [Preussen und Preussenthum]) le obligó a huir del país. Entonces cayó en la cuenta. Declaró que la oposición legal era algo imposible, se hizo revolucionario y, naturalmente, también republicano. En Suiza trabó amistad con el *savant sérieux*<sup>1</sup> Ruge, quien le enseñó la poca filosofía que sabe, que consiste en un batiburrillo de ateísmo y humanismo feuerbachiano, reminiscencias de Hegel y alguna frase retórica de Stirner. Con semejante bagaje, el Sr. Heinzen pensó que ya estaba preparado e inauguró su propaganda revolucionaria, inclinándose hacia Ruge por la derecha y hacia Freiligrath por la izquierda.

Ciertamente, no criticamos a Heinzen por haber pasado del liberalismo a este radicalismo sediento de sangre. Lo que afirmamos es que esto se debió a meras circunstancias personales. Mientras el Sr. Heinzen

---

<sup>1</sup> Gran sabio o gran erudito.

podía oponerse legalmente, atacaba a quienes admitían que la revolución era necesaria. Y cuando le fue ya imposible seguir resistiendo legalmente, declaró que la oposición legal era imposible, sin tener en cuenta que en realidad este tipo de oposición es perfectamente posible para la burguesía alemana, la cual nunca ha dejado de hacer una enérgica oposición legal. En cuanto se cerró el camino de vuelta *para él*, empezó a declarar que era necesaria una revolución inmediata. En lugar de estudiar la situación de Alemania, haciéndose una idea general de ella y deduciendo a partir de ahí qué progreso, qué desarrollo y qué pasos son necesarios y posibles; en lugar de adquirir una clara visión de la compleja situación de cada clase en Alemania en relación con las demás y con gobierno y deducir qué política hay que seguir; en resumen, en lugar de adaptarse al desarrollo de Alemania, el Sr. Heinzen exige bruscamente que el desarrollo de Alemania es el que tiene que adaptarse a él.

El Sr. Heinzen fue un violento adversario de la filosofía cuando ésta aún era *progresista*. En cuanto se hizo reaccionaria, en cuanto se convirtió en un refugio para los vacilantes y enclenques escritorzuelos, el Sr. Heinzen se hizo a sí mismo el flaco favor de unirse a ella. Y lo que es peor, el destino quiso que el Sr. Ruge, que en toda su vida no ha sido más que un mero prosélito, hallara a su único prosélito en el Sr. Heinzen. El Sr. Heinzen es el único consuelo del Sr. Ruge, pues es la única persona que ha logrado penetrar en sus construcciones verbales.

¿Cuáles son entonces las verdaderas intenciones del Sr. Heinzen? Que se establezca inmediatamente una República alemana, combinando la tradición norteamericana y la de 1793 con un puñado de medidas que toma prestadas de los comunistas, todo muy negro, rojo y dorado. Debido a su letargo industrial, Alemania ocupa una posición tan precaria en Europa que nunca será capaz de tomar la iniciativa, nunca será la primera en proclamar una gran revolución, ni establecerá una República por su cuenta al margen de Francia e Inglaterra. Pensar que puede surgir una República alemana al margen del desarrollo de los países civilizados, pensar que la revolución alemana puede salir adelante por sí misma, como hace el Sr. Heinzen, es desdeñar completamente el verdadero desarrollo de las clases en Alemania, y toda república o revolución de este tipo no es más que una ensoñación tricolor. Y para convertir a esta gloriosa República alemana en algo aún más glorioso, el Sr. Heinzen la adorna con ese humanismo feuerbachiano y rugeano y proclama que este reino "*del hombre*" está casi al alcance de la mano. ¿Y los alemanes supuestamente deben sacar algo en claro de todas estas disparatadas ensoñaciones?

¿Y cómo conduce el gran "agitador" Sr. Heinzen su propaganda? Declara a los príncipes culpables de toda pobreza y sufrimiento. Esta afirmación no sólo es ridícula, sino tremendamente dañina. El Sr. Heinzen no podía halagar más a estos príncipes alemanes, marionetas impotentes y cortas de miras, que atribuyéndoles esta fantástica, sobrenatural y demoniaca omnipotencia. Cuando el Sr. Heinzen afirma que los príncipes son capaces de hacer tanto daño, está afirmando al mismo tiempo que también serían capaces de actuar correctamente. Esto no nos lleva a la necesidad de la revolución, sino a los piadosos deseos de un príncipe virtuoso, del buen Emperador José. En cualquier caso, el pueblo sabe mucho mejor que el Sr. Heinzen quiénes son sus opresores. El Sr. Heinzen nunca logrará que el siervo odie tanto a los príncipes como a su señor feudal o como odia el trabajador a su patrón. Pero, por supuesto, el Sr. Heinzen favorece los intereses de los propietarios y capitalistas al culpar de la explotación del pueblo no ya a estas clases, sino a los príncipes; ¡y la explotación de los terratenientes y capitalistas, después de todo, es la responsable del noventa y cinco por ciento de la miseria en Alemania!

El Sr. Heinzen apela a una insurrección inmediata. Ha impreso panfletos a este efecto [Teutsche Revolution] y ha intentado distribuirlos en Alemania. Podríamos preguntarnos si arremeter ciegamente con esta propaganda sin sentido no es altamente perjudicial para los intereses de la democracia alemana. Podríamos preguntarnos si la experiencia no ha demostrado ya lo inútil que es esto. Si, en una época mucho más agitada, en los años treinta, acaso no se distribuyeron cientos de miles de estos panfletos, folletos, etc., en Alemania y si es que acaso uno sólo de ellos tuvo algún tipo de éxito. Podríamos preguntarnos si alguien en sus cabales puede imaginarse que el pueblo va a prestar atención a este tipo de sermones y exhortaciones políticas. Podríamos preguntarnos si el Sr. Heinzen, en sus panfletos, alguna vez ha hecho algo más que sermonear y exhortar. Podríamos preguntarnos si no es realmente ridículo hacer sonar las trompetas de la revolución a los cuatro vientos de esta manera, sin ningún sentido ni entendimiento, sin conocimiento ni consideración de las circunstancias.

¿Cuáles son las tareas de la prensa de un partido? Debatir, lo primero y lo más importante, explicar, exponer y defender las reivindicaciones del partido, así como combatir y refutar las reivindicaciones y las afirmaciones del partido enemigo. ¿Cuál es la tarea de la prensa democrática alemana? Demostrar la necesidad de la democracia dada la incapacidad de actual gobierno, que representa principalmente a la nobleza, dada la ineficiencia del sistema constitucional que pretende poner a la burguesía al mando, y dado que al pueblo le es imposible salir adelante por sí mismo mientras no tenga el poder político. Su tarea es desvelar la opresión que sufren los proletarios, los pequeños campesinos y la pequeña burguesía urbana, que son los que en Alemania constituyen el "pueblo", por parte de la burocracia, la nobleza y la burguesía; explicar cómo surge esa opresión, que no sólo es política sino sobre todo social, y con qué medidas se puede suprimir; su tarea es mostrar que la conquista del poder por los proletarios, los pequeños campesinos y la pequeña burguesía urbana es el primer requisito para que puedan aplicarse estas medidas. Su tarea es examinar profundamente qué alcance tendría una rápida realización de la democracia, de qué recursos dispone el partido y con qué otros partidos podría aliarse mientras siga siendo demasiado débil como para actuar solo. Bien, ¿acaso el Sr. Heinzen se ha dedicado alguna vez a todo esto?

No. No se ha metido en esos berenjenales. No ha demostrado nada al pueblo, en otras palabras al proletariado, a los pequeños campesinos y a la pequeña burguesía urbana. Nunca ha examinado la posición de las clases y los partidos. Lo único que ha hecho ha sido tocar variaciones sobre un mismo tema: ¡A por ellos!, ¡a por ellos!, ¡a por ellos!

¿Y a quienes dirige el Sr. Heinzen su sermón revolucionario? Ante todo a los pequeños campesinos, la clase que hoy en día se muestra más incapaz que ninguna otra para tomar la iniciativa revolucionaria. Durante los últimos 600 años todos los movimientos progresistas han surgido exclusivamente en las ciudades, hasta tal punto que los movimientos democráticos independientes de la población rural (Wat Tyler, Jack Cade, las jaquerías, la Guerra de los Campesinos), primero, siempre fueron manifestaciones reaccionarias, y segundo, siempre terminaron siendo derrotados. El proletariado industrial de las ciudades se ha convertido en la vanguardia de toda la moderna democracia; la pequeña burguesía urbana depende completamente de su iniciativa, y los campesinos aún más. La Revolución Francesa de 1789 y la historia reciente de Inglaterra, Francia y los Estados orientales de Norteamérica lo demuestran. ¿Y el Sr. Heinzen confía en que los campesinos luchen ahora, en el siglo XIX?

Pero el Sr. Heinzen también promete reformas sociales. Por supuesto, la indiferencia del pueblo a sus llamamientos le ha ido obligando a ello. ¿Y qué tipo de reformas son estas? Las mismas que proponen

los propios comunistas como preparación de la supresión de la propiedad privada. El único punto del Sr. Heinzen que merece ser tenido en cuenta se lo ha cogido prestado a los comunistas, esos comunistas a los que ataca con tanta violencia, pero incluso estas propuestas pierden el sentido en sus manos y se convierten en meras ensoñaciones. Todas las medidas encaminadas a restringir la competencia y la acumulación de capital en manos privadas, toda restricción o supresión del derecho de herencia, toda organización del trabajo por parte del Estado, etc., todas estas medidas no son sólo posibles medidas revolucionarias, sino que de hecho son medidas necesarias. Son posibles en la medida en que todo el proletariado insurgente las defiende e impone con la fuerza de las armas. Son posibles, a pesar de todas las dificultades e inconvenientes que alegan los economistas, porque todas estas dificultades e inconvenientes impelerán al proletariado a dar un paso tras otro hasta que la propiedad privada haya sido completamente abolida, para no perder de nuevo lo ya conquistado. Son posibles como pasos preparatorios, fases temporales y de transición hacia la abolición de la propiedad privada, y no van encaminadas a otra cosa.

Sin embargo el Sr. Heinzen pretende que estas medidas tengan un carácter permanente, que sean medidas finales. No son la preparación de nada, sino que son definitivas. Para él no son un medio, sino un fin. No están diseñadas para una situación revolucionaria, sino para una situación pacífica, burguesa. Todo esto las convierte en medidas imposibles y reaccionarias al mismo tiempo. Los economistas burgueses tienen razón cuando presentan estas medidas del Sr. Heinzen como reaccionarias, comparadas con la libre competencia. La libre concurrencia es la última, la forma más avanzada y desarrollada de la propiedad privada. Por tanto, toda medida que partiendo de la base de la propiedad privada vaya dirigida sin embargo contra la libre competencia, es reaccionaria, pues tiende a restaurar fases anteriores del desarrollo de la propiedad, y por eso finalmente terminará sucumbiendo de nuevo ante la competencia, provocando el retorno a la actual situación. Estas objeciones que hace la burguesía, que pierden todo valor desde el momento en que consideramos las medidas antes mencionadas como puras *mesures de salut public*, como medidas revolucionarias transitorias, estas objeciones, son devastadoras en lo que respecta a la república campesino-socialista tricolor del Sr. Heinzen.

El Sr. Heinzen, por supuesto, se imagina que las relaciones de propiedad, la ley de sucesión, etc., pueden ser y serán modificadas y retocadas. El Sr. Heinzen –uno de los hombres más ignorantes de este siglo–, desde luego, quizá ignore que las relaciones de propiedad de una determinada época son necesariamente el resultado del modo de producción e intercambio de dicha época. El Sr. Heinzen quizá ignore que no se pueden transformar los latifundios en minifundios sin transformar toda la estructura agrícola, y que, por otra parte, los latifundios volverían a aparecer por sí mismos. El Sr. Heinzen quizá ignore la estrecha relación que existe entre la gran industria actual, la concentración de capital y el surgimiento del proletariado. El Sr. Heinzen quizá ignore que un país industrialmente tan dependiente y subordinado como Alemania nunca podrá transformar por su propia cuenta sus relaciones de propiedad de otro modo que no sea siguiendo los intereses de la burguesía y la libre competencia.

Resumiendo: Con los comunistas estas medidas son apropiadas y tienen sentido porque no se conciben como medidas arbitrarias sino como consecuencias necesarias que en sí mismas son fruto del desarrollo de la industria, la agricultura, el mercado y las comunicaciones, del desarrollo de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, que depende de aquel otro; no las consideran medidas definitivas, sino transitorias, *mesures de salut public* que surgen de la lucha transitoria entre las propias clases.

Con el Sr. Heinzen, no son apropiadas ni tienen sentido, pues él las concibe arbitrariamente, como visiones obtusamente burguesas para enderezar el mundo; porque no hace mención alguna a la conexión entre estas medidas y el desarrollo histórico; porque al Sr. Heinzen no le preocupa en absoluto la viabilidad material de sus propuestas; pues su objetivo no es formular las necesidades industriales, sino por el contrario anularlas por decreto.

El propio Sr. Heinzen, que sólo es capaz de adoptar las reivindicaciones de los comunistas después de confundirlas terriblemente y transformarlas en puras fantasías, ¡critica luego a los comunistas por "*confundir las mentes de los analfabetos*", por "*andar persiguiendo fantasías*" y por "*no tener los pies en el suelo (!) de la realidad*"!

Esa es la actividad del Sr. Heinzen como agitador, y estamos seguros de que lo único que hace es dañar y desacreditar a todo el partido radical alemán. Un escritor de partido requiere unas cualidades bastantes distintas a las del Sr. Heinzen, quien como ya hemos dicho es uno de los hombres más ignorantes de nuestro siglo. El Sr. Heinzen puede tener las mejores intenciones del mundo, puede ser el hombre con convicciones más firmes de toda Europa. También sabemos que personalmente es un hombre honrado, valiente y resistente. Pero eso no le convierte en un escritor de partido. Para ello se requiere algo más que convicciones, buenas intenciones y una voz estentórea, se quiere un poco más de inteligencia, un poco más de lucidez, un mejor estilo y más conocimientos de los que tiene el Sr. Heinzen y de los que es capaz de adquirir, como la larga experiencia ha demostrado.

Sin embargo, los vuelos del Sr. Heinzen le han llevado a convertirse en propagandista. Se vio obligado a tratar de formar su propio partido entre los radicales. Esto le colocó en una singular situación, en la que sus infructuosos esfuerzos por estar a la altura de las circunstancias lo único que hacían era ponerle en ridículo. Y terminará logrando que los radicales alemanes parezcan igual de ridículos si éstos le siguen dejando que les represente, si le siguen dejando hacer el ridículo en su nombre.

Pero el Sr. Heinzen no representa a los radicales alemanes. Ellos tienen otros representantes, como Jacoby y demás. El Sr. Heinzen no representa a nadie y nadie le reconoce como su representante, excepto quizá algunos burgueses alemanes que le mandan dinero para que prosiga su agitación. Pero quizá nos equivoquemos: hay una clase que sí le reconoce como representante, le adora y pierde la cabeza por él, que arma más escándalo que todas las mesas de borrachos de las tabernas (parafraseando al Sr. Heinzen, que dice que los comunistas "*arman más escándalo que toda la literatura de la oposición*"). Esta clase es la numerosa, ilustrada, noble e influyente clase de los *commis-voyageurs*<sup>2</sup>.

¿Y este es el mismo Sr. Heinzen que pide a los comunistas que le reconozcan como representante de la burguesía radical y debatan con él en calidad de tal?

De momento, estas ya son razones suficientes y que justifican la polémica que desarrollan los comunistas contra el Sr. Heinzen. En la segunda parte analizaremos las críticas del Sr. Heinzen a los comunistas en el nº 77 del periódico.

Si no estuviéramos completamente convencidos de que el Sr. Heinzen es absolutamente incompetente como propagandista de partido, le recomendaríamos que estudiase detenidamente la *Miseria*

---

<sup>2</sup> Viajantes de comercio.

de la filosofía de Marx. Pero tal y como están las cosas, y después de que nos haya recomendado la lectura de la *Neue Politik* de Fröbel, no podemos más que aconsejarle que guarde silencio absoluto y espere tranquilamente hasta "que empiece la lucha". Estamos convencidos de que el Sr. Heinzen nos demostrará que es tan bueno comandando batallones como malo es escribiendo.

Para que el Sr. Heinzen no pueda quejarse de que sufre ataques anónimos, firmamos este artículo.

F. Engels.

\*\*\*

Como ya dijimos en el primer artículo, los comunistas no atacan a Heinzen por no ser comunista, sino porque es un mal propagandista del partido demócrata. No lo atacan como *comunistas*, sino como *demócratas*. Los comunistas han iniciado esta polémica contra él por pura casualidad; aunque no hubiera comunistas en el mundo, los demócratas tendrían que posicionarse contra Heinzen. De lo que se trata es de saber si: 1) si el Sr. Heinzen es un propagandista y agitador capaz de servir a la democracia alemana, lo cual negamos; 2) si la manera que tiene el Sr. Heinzen de agitar es correcta o simplemente tolerable, lo que también negamos. Por tanto no se trata ni de comunismo ni de democracia, sino del Sr. Heinzen y sus excentricidades.

En las actuales circunstancias, lejos de emprender fútiles disputas con los demócratas, los comunistas se posicionan como demócratas a la hora de abordar todas las cuestiones prácticas del partido, de momento. En todos los países civilizados, la consecuencia necesaria de la democracia es el dominio político del proletariado, y este poder proletario es la primera condición para implantar cualquier medida comunista. Hasta que se logre la democracia, los comunistas y los demócratas luchan juntos, mientras sus intereses coinciden. Hasta entonces, las diferencias entre ambos partidos son puramente teóricas y pueden debatirse a nivel teórico sin que ello suponga perjudicar su acción común. De hecho, podrán ponerse de acuerdo en muchas medidas que se tendrán que llevar a cabo en interés de las clases anteriormente oprimidas, cuando se logre la democracia, como por ejemplo la gestión de la gran industria y los ferrocarriles por el Estado, la educación de todos los niños a expensas del Estado, etc.

Vamos ahora con el Sr. Heinzen.

El Sr. Heinzen declara que han sido los comunistas quienes han comenzado la polémica contra él, y no al revés. Aunque este es el típico argumento del policía, se lo aceptamos. Califica su conflicto con los comunistas como "*una absurda ruptura entre los radicales alemanes provocada por los comunistas*". Dice que él ha tratado de evitar esta ruptura, que se viene preparando desde hace tres años, en la medida en que las circunstancias y su capacidad se lo permitían. Estos esfuerzos estériles, según él, vinieron seguidos de los ataques de los comunistas.

El Sr. Heinzen, como todos saben perfectamente, hace tres años no se contaba entre los *radicales*. En aquella época el Sr. Heinzen era un progresista liberal legalista. Por tanto, romper con él no significaba romper con los *radicales*.

El Sr. Heinzen conoció a algunos comunistas aquí, en Bruselas, a comienzos de 1845. Estos no le atacaron por su ostensible radicalismo político, sino al contrario, les costó mucho trabajo convertir al entonces liberal Sr. Heinzen al radicalismo. Pero fue en vano. El Sr. Heinzen únicamente se hizo demócrata en Suiza.

"*Más tarde me fui convenciendo (!) poco a poco de que era necesario luchar enérgicamente contra los comunistas*". En otras palabras, ¡era necesario dividir absurdamente a los radicales! ¡Que nos digan los demócratas alemanes si alguien que se contradice de manera tan absurda puede ser buen propagandista de partido!

¿Pero quiénes son los comunistas que, según Heinzen, le han atacado? Las anteriores insinuaciones y particularmente los siguientes reproches contra los comunistas demuestran claramente quiénes eran. Los comunistas, según podemos leer:

"[...] armaban más escándalo que toda la literatura de la oposición junta, confundiendo las cabezas de los analfabetos, denunciando incluso a los hombres más radicales de la manera más desinhibida, [...] intentaron paralizar la lucha política en la medida de lo posible, [...] de hecho, llegaron incluso a aliarse [...] con la reacción. Es más, en la práctica su doctrina a menudo les llevaba a *vulgares y falsas intrigas* [...]."

Más allá de la confusión y la vaguedad de estas críticas, se distingue una figura fácilmente reconocible: el escritorzuelo Karl Grün. Hace tres años el Sr. Grün trató personalmente con el Sr. Heinzen, por lo que fue el Sr. Grün quien atacó al Sr. Heinzen en la *Triersche Zeitung*, quien gritaba más alto que toda la literatura de la oposición, quien se esforzaba por paralizar la lucha política todo lo posible, etc.

¿Pero desde cuándo el Sr. Grün representa a los comunistas? Si bien hace tres años frecuentaba los círculos comunistas, nunca se ha considerado uno de ellos, nunca se ha declarado abiertamente comunista, y hace más de un año incluso empezó a vituperar a los comunistas.

Es más, en aquel momento, para beneficio del Sr. Heinzen, Marx ya repudiaba al Sr. Grün, y mostró públicamente su verdadero rostro en cuanto tuvo oportunidad.

En lo que respecta a esta última "*vulgar y falsa*" insinuación del Sr. Heinzen sobre de los comunistas, lo que hay detrás no es más que un incidente entre el Sr. Grün y el Sr. Heinzen, y nada más. Este incidente concierne a los dos caballeros en cuestión y no a los comunistas. Ni siquiera estamos lo suficientemente al tanto del asunto como para poder emitir un juicio sobre el tema. Pero supongamos que es el Sr. Heinzen el que tiene razón. Si después de que Marx y otros comunistas hayan repudiado a este adversario, si después de haberse demostrado más allá de toda duda que no se trata de un comunista, el señor Heinzen sigue presentando el incidente como una consecuencia necesaria de la doctrina comunista, la causa sólo puede ser su monstruosa perfidia.

Y es más, si en sus anteriores reproches el Sr. Heinzen tenía en mente a otras personas además del Sr. Grün, sólo puede tratarse de esos verdaderos socialistas cuyas ciertamente reaccionarias teorías ya han sido repudiadas desde hace mucho tiempo por los comunistas. Todos los miembros de este movimiento, hoy completamente disuelto, capaces de aprender algo se han acercado a los comunistas y ahora atacan el verdadero socialismo allí donde éste todavía se manifiesta. El Sr. Heinzen, pues, habla de nuevo con su crasa ignorancia habitual, dedicándose una vez más a desenterrar estas visiones caducas para endosárselas a los

comunistas. Aunque en este caso el Sr. Heinzen culpa a los verdaderos socialistas, a quienes confunde con los comunistas, en realidad se dedica a hacer la misma crítica sin sentido de los comunistas que hacían dichos verdaderos socialistas. De este modo ni siquiera tiene derecho a atacar a los verdaderos socialistas, pues él mismo es uno de ellos. Y mientras los comunistas escribían vivos ataques contra estos socialistas, el Sr. Heinzen permanecía sentado en Zúrich, siendo iniciado por el señor Ruge en esos fragmentos de verdadero socialismo que más tarde hallarían buen nicho en su confundida cabeza. ¡El Sr. Ruge había encontrado un discípulo digno de su maestro!

¿Y qué hay de los verdaderos comunistas, entonces? El Sr. Heinzen menciona honrosas excepciones y hombres de talento, quienes piensa que acabarán rechazando la solidaridad comunista (!). Los comunistas ya han rechazado la solidaridad de los escritos y acciones de los verdaderos socialistas. De todos los reproches anteriores, ni uno solo se puede aplicar a los comunistas, excepto quizá la conclusión de todo el pasaje, que dice lo siguiente:

"Los comunistas [...] con esa arrogancia que les da su supuesta superioridad, se ríen con desprecio de todo aquello que es indispensable para formar la base de una asociación de *gente honrada*."

El Sr. Heinzen parece que alude aquí el hecho de que los comunistas se han reído de su severa conducta moral y se han mofado de todas esas ideas sagradas y sublimes, la virtud, la justicia, la moralidad, etc., ideas que el Sr. Heinzen cree que constituyen la base de toda la sociedad. Aceptamos este reproche. La indignación moral del honrado señor Heinzen no evitará que los comunistas se burlen de estas *verdades eternas*. Los comunistas, por otra parte, sostienen que estas verdades eternas no son en absoluto una base, sino por el contrario un producto de la sociedad en la cual se presentan.

Si, por casualidad, el Sr. Heinzen ha querido decir que los comunistas no se solidarizarán con aquellas personas con las que él piensa asociarse, ¿cuál es el sentido de todos estos reproches absurdos y falsas insinuaciones? Si el señor Heinzen sólo conoce de oídas a los comunistas, como parece ser el caso, si apenas sabe quiénes son, hasta el punto de que llega a exigir que se muestren más a las claras y, por así decirlo, que sean ellos quienes se presenten ante él, ¿a qué viene todo ese descaro que muestra al polemizar con ellos?

"La elección de aquellos [...] que [...] representan en realidad al comunismo o lo defienden en su forma pura, [...] probablemente excluiría completamente a la gran mayoría de los que se basan en el comunismo y *son utilizados por él*, y no sería sólo la gente de la *Triersche Zeitung* la que protestaría contra la exigencia de semejante reivindicación."

Y unas líneas más abajo:

"Quienes realmente son comunistas deberían tener hoy la coherencia y la *honradez*" (¡así habla un filisteo respetable!) "de dar un paso adelante, mostrar abiertamente su doctrina y separarse de aquellos que no son comunistas [...]. *Tienen la obligación moral*", (típica expresión de filisteo), "de no seguir amparando sin ningún tipo de escrúpulos (!) esa confusión que se ha creado en la cabeza de millares de personas que sufren y carecen de educación, pues dadas las condiciones reales es imposible (!) poner en práctica esta doctrina (!), aunque esta quimera se anuncie falsamente como posible. Es el *deber*" (el filisteo asoma de nuevo) "de los verdaderos comunistas o bien aclarar completamente esto a todos sus adherentes no ilustrados y conducirlos a una meta definida, o bien *apartarse* de ellos y *no utilizarlos*."



Si el Sr. Ruge es responsable de estas tres últimas citas, debe estar orgulloso. Estas reivindicaciones de filisteo casan perfectamente con ese desorden mental al que sólo le preocupa el contenido y no la forma, y por ello termina diciendo exactamente lo contrario de lo que pretendía decir. El Sr. Heinzen exige que los verdaderos comunistas se aparten de aquellos que sólo lo parecen. Deben acabar con la confusión (esto es a lo que se refiere) que surge de la mezcla de estas dos tendencias diferentes. Pero tan pronto como las palabras “comunismo” y “confusión” se juntan en su cabeza, surge allí también la confusión. El Sr. Heinzen pierde el hilo, la constante reiteración de esa fórmula que dice que los comunistas *en general* se dedican a confundir las mentes de los ignorantes, le hace tropezar y olvidarse de los verdaderos comunistas y los falsos comunistas, patina con torpeza ridícula con toda una serie de sueños imposibles que se anuncian falsamente como posibles, y finalmente cae de bruces en el duro suelo de las condiciones reales, donde recupera su facultad de reflexión. Ahora se acuerda de que lo que él quería decir era una cosa distinta, que no se trataba de saber si es posible o no. Vuelve a su tema, pero está tan aturdido que ni siquiera tacha la frase magnífica en la que ejecuta este salto mortal que acabamos de describir.

Y hay más cosas por el estilo. En lo que se refiere a la cuestión en sí, reiteramos que, como honrado alemán que es, las exigencias del Sr. Heinzen llegan demasiado tarde, pues los comunistas repudiaron a los verdaderos socialistas hace mucho tiempo. Pero aquí podemos ver de nuevo que las insinuaciones maliciosas no son para nada incompatibles con su carácter de respetable filisteo. Para el Sr. Heinzen está claro que los escritores comunistas sólo están utilizando a los trabajadores comunistas. Afirma, prácticamente en estas palabras, que si estos escritores mostraran sus intenciones abiertamente, la gran mayoría de los que están siendo utilizados por el comunismo les abandonarían completamente. Considera a los escritores comunistas como profetas, sacerdotes o predicadores que poseen una sabiduría secreta que está vedada a los ignorantes, para así mantenerlos con andadores. Todas estas exigencias de respetable filisteo, eso de que *hay que aclarar* a los ignorantes y de que estas personas no deben ser utilizadas, obviamente parten de la suposición de que los representantes literarios del comunismo están interesados en mantener a los trabajadores en la oscuridad, como si simplemente estuvieran utilizándolos como hacían los *Illuminati* con el pueblo llano en el siglo pasado. Esta idea insípida impele al Sr. Heinzen a proseguir con esa charla inoportuna sobre la confusión en las mentes de los ignorantes y, como castigo por no saber expresarse con claridad, le obliga a dar esas piruetas estilísticas.

Nos limitaremos a tomar nota de estas insinuaciones, no nos pondremos a discutir las. Dejemos que los obreros comunistas las valoren por sí mismos.

Por fin, después de todos estos preliminares, desvíos, apelaciones, insinuaciones y volteretas del Sr. Heinzen, llegamos a sus ataques teóricos y sus reflexiones sobre los comunistas.

El Sr. Heinzen

"considera que el núcleo de la doctrina comunista es simplemente [...] la abolición de la propiedad privada (incluida la que se ha logrado a través del trabajo) y el principio del empleo común de las riquezas de la tierra, como inevitable consecuencia de aquella abolición."

El Sr. Heinzen se imagina que el comunismo es una doctrina que procede de un principio teórico central y saca conclusiones a partir de aquí. El Sr. Heinzen está muy equivocado. El comunismo no es una doctrina, sino un *movimiento*; no procede de principios, sino de *hechos*. Los comunistas no parten de tal o cual filosofía, sino de todo el curso de la historia anterior y particularmente de los resultados reales a los que

se ha llegado actualmente en los países civilizados. El comunismo procede de la gran industria y sus consecuencias, del establecimiento del mercado mundial, de su correspondiente competencia desatada, de las crisis comerciales cada vez más violentas y universales, que se han convertido ya en crisis en toda regla del mercado mundial, de la creación del proletariado y de la concentración del capital, de la lucha de clases resultante entre proletariado y burguesía. El comunismo, como teoría, es la expresión teórica de la posición del proletariado en esta lucha y la síntesis teórica de las condiciones para la liberación del proletariado.

Ahora el Sr. Heinzen, sin duda, se dará cuenta de que valorar el comunismo consiste en algo más que simplemente considerar la abolición de la propiedad privada como su eje; de que más le valdría estudiar un poco de economía política que ponerse a cotorrear salvajemente sobre la abolición de la propiedad privada; de que nunca sabrá nada acerca de las *consecuencias* de la abolición de la propiedad privada si no conoce también sus condiciones necesarias.

Sin embargo, en este terreno, el señor Heinzen se mueve con tal grosera ignorancia que llega incluso a decir que "*el empleo común de las riquezas de la tierra*" (qué expresión más fina) es *consecuencia* de la abolición de la propiedad privada. Precisamente es todo lo contrario. A consecuencia de la gran industria, el desarrollo de la maquinaria, de las comunicaciones y del comercio mundial está adquiriendo proporciones tan gigantescas que su explotación por los capitalistas individuales cada día se vuelve más difícil; y las crisis crecientes del mercado mundial son la prueba más palpable de todo esto; las *fuerzas* productivas y *medios* de intercambio que caracterizan al actual *modo* de producción e intercambio se desarrollan constantemente, hasta llegar a un punto en que se hacen incompatibles con el intercambio individual y la propiedad privada; porque, en fin, se acerca el momento en el que la gestión común de la industria, de la agricultura y del intercambio se convertirá en una necesidad material para la industria, la agricultura y el intercambio mismos —y por esta razón la propiedad privada será abolida—.

Así que cuando el señor Heinzen separa violentamente la abolición de la propiedad privada, que por supuesto es la condición para la liberación del proletariado, de las condiciones que ello implica, cuando deja esto absolutamente al margen de toda relación con el mundo real y lo considera simplemente como una fantástica torre de marfil, se convierte en un puro cliché del que sólo se pueden decir perogrulladas sin sentido. Lo cual hace de la siguiente manera:

"Con la mencionada abolición de toda la propiedad privada [...], el comunismo también suprime necesariamente la *existencia individual* [El Sr. Heinzen nos reprocha así que queramos convertir a las personas en gemelos siameses]. La consecuencia de esto es una vez más [...] la incorporación de todo individuo quizá [¡!] a unos cuarteles comunes y organizados [...] para la economía [El lector notará que esto es una clara consecuencia de las propias declaraciones absurdas del Sr. Heinzen acerca de la existencia individual]. De esta forma el comunismo destruye, [...] la individualidad, [...] la independencia, [...] la libertad [Las mismas tonterías de siempre, pronunciadas ya por los verdaderos socialistas y la burguesía. ¡Como si hubiera alguna individualidad que destruir en las personas a las que la división del trabajo ha convertido hoy en día, en contra de su voluntad, en zapateros, obreros, burgueses, abogados, campesinos, es decir, en esclavos de una forma particular de trabajo y de las costumbres, de la forma de vida, los prejuicios y la cortedad de miras, etc., que se corresponden con dicho trabajo!]. Sacrifica al individuo, como atributo necesario o base [este "o" es maravilloso] de la propiedad privada *adquirida*, al 'fantasma de la comunidad o de la sociedad' [¿estamos ante Stirner?], cuando la comunidad no puede ni debe [¡¡no debe!!] ser un objetivo, sino sólo un medio para los individuos."

El Sr. Heinzen concede especial importancia a la propiedad privada *adquirida* y, al hacerlo, demuestra una vez más que no está en absoluto familiarizado con el tema del que habla. La justicia de filisteo del Sr. Heinzen, que permite que los hombres disfruten de lo que han adquirido, por desgracia se ve frustrada por la gran industria. Mientras la gran industria no esté tan avanzada como para liberarse totalmente de los grilletes de la propiedad privada, no permitirá otra forma de distribución de sus productos que la que se existe actualmente, el capitalista se guardará su ganancia en el bolsillo y el trabajador ira aprendiendo en la práctica poco a poco lo que es el salario mínimo. El Sr. Proudhon intentó desarrollar un sistema para disfrutar de la propiedad *adquirida*, ligado a las condiciones existentes, y como todos sabemos fracasó estrepitosamente. El Sr. Heinzen, es cierto, nunca se arriesgará a emprender un experimento similar, ya que para hacerlo tendría que estudiar, y él no se dedica a eso. Pero esperemos que el ejemplo del Sr. Proudhon al menos le enseñe a no exponer tanto su propiedad *adquirida* a la opinión pública.

El señor Heinzen critica a los comunistas por perseguir fantasías y por no tener los pies en el suelo de la realidad, ¿pero a quién es al que hay que aplicar estas críticas en realidad?

El Sr. Heinzen continúa con toda una serie de cosas en las que no necesitamos entrar. Nos limitamos a señalar que sus frases empeoran conforme se va avanzando. La torpeza de su lenguaje, que nunca logra hallar la palabra correcta, ya sería de por sí suficiente para desacreditar a cualquier partido que lo reconociera como representante y propagandista. Sus firmes convicciones le llevan constantemente a decir algo muy diferente a lo que pretende. Así, cada frase contiene un doble absurdo: por un lado el absurdo que pretende explicar, y en segundo lugar el que no quiere decir pero sin embargo termina diciendo. Ya dimos un ejemplo de ello más arriba. Sólo nos queda señalar que el señor Heinzen repite su vieja superstición sobre el poder de los príncipes al afirmar que el poder que debe ser derrocado, y que no es otro que el poder del Estado, es y siempre ha sido el progenitor y el responsable de toda injusticia, y que su objetivo es establecer un *Estado realmente basado en la justicia* (!) dentro de toda esta estructura fantástica...

iii"para llevar a cabo todas aquellas reformas sociales que han surgido en el curso de los acontecimientos en general (!) y que sean a la vez correctas (!) en teoría y posibles (!) en la práctica"!!!

Sus intenciones son tan buenas como malo es su estilo, y es que este es el destino de todos los bien intencionados en este mundo infame.

“Del seductor Zeitgeist,  
Nacido y hecho sansculotte,  
Es mal danzante, pero aún alberga  
Buenas intenciones en su salvaje seno;  
[...]  
Carente de talento, mas célebre.”

[Heine, Atta Troll]

Nuestros artículos llenarán al Sr. Heinzen de toda esa indignación de honrado filisteo ultrajado, pero por nada en el mundo va a renunciar a su estilo de escritura o a su vergonzosas e ineficaces formas de

agitación. Cuando llegue el entretenido día de la acción y las decisiones, nos encontraremos con su amenaza de colgarnos en el poste más cercano.

En resumen: los comunistas deben cooperar con los radicales alemanes, y desean hacerlo. Sin embargo, se reservan el derecho de atacar a cualquier escritor que desacredite a todo el partido. Esta, y no otra, era nuestra intención al atacar Heinzen.

Bruselas, 3 de octubre de 1847.

F. Engels

N.B. Acabamos de recibir un folleto escrito por un trabajador [Stephan Born]: *Der Heinzen'sche Staat, eine Kritik von Stephan*, Berna, Rätzer. Si el señor Heinzen escribiera la mitad de bien que este trabajador, podría estar bien contento. Con este folleto el Sr. Heinzen podrá ver con claridad, entre otras cosas, por qué los trabajadores no quieren saber nada de su república campesina. También podemos ver que este folleto es el primero escrito por un trabajador en el que no se adopta una actitud moral, sino que se intenta relacionar las luchas políticas actuales con la lucha de las distintas clases de la sociedad entre sí.